

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. CAMILO G. DE POLAVIEJA Y DEL CASTILLO

MARQUÉS DE POLAVIEJA

EL 28 DE ENERO DE 1912



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS MARTÍN

Plaza de San Javier, número 6.

1912

DISCURSOS

DEL EXCMO. SEÑOR

D. CAMILO G. DE POLAVIEJA Y DEL CASTILLO,
MARQUÉS DE POLAVIEJA,

Y DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT,

Leídos en la recepción pública de 28 de Enero de 1912

*Para la Biblioteca de la Legación
Francisco Fr. de Béthencourt*

86.5 (16.851)

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL RECTOR, SR. DON

D. CAMILO G. DE POLAVIEJA Y DEL CASTILLO

MARQUÉS DE POLAVIEJA

EL 28 DE ENERO DE 1912



R.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS MARTÍN

Plaza de San Javier, número 6.

1912

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE POLAVIEJA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Quiere la ley de las compensaciones, piadosamente consoladora en unas circunstancias y cruel en otras, que acompañe al natural regocijo de estos actos el recuerdo torcedor del compañero que para siempre se perdió, y sólo atenúa la pena que su memoria produce el que sirve de ocasión para proclamar nuevamente sus méritos y virtudes y para ofrecerle como ejemplo y estímulo á quien acepta el delicado empeño de continuar su labor en la Academia.

Tócame suceder, sin méritos para ello y sólo debido á vuestra benevolencia, á distinguidísimo hombre de letras muy conocido y estimado dentro y fuera de nuestra Patria y que por su infatigable laboriosidad, su mucho saber y grandes méritos, ocupó cargos que fueron para él campo adecuado al desarrollo utilísimo de su vocación nativa para los estudios históricos y bibliográficos, que siempre encaminó al aumento y progreso de la cultura nacional.

Nació en Salmerón, provincia de Guadalajara, al alborear el 25 de Noviembre de 1845, y en humilde cuna, de lo que mucho se gloriaba mi ilustre antecesor D. Juan Catalina García y López; heredó de su padre el amor al trabajo y á la tierra en que vió la luz primera, en la que se forjó el temple fortísimo de su alma, propio para el rudo batallar y para el definitivo vencer.

Con enaltecedoras privaciones, crisol que depura toda flaqueza, siguió Catalina sus estudios, y en carrera sin bastardas intrigas, de modesto empleado de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, llegó á representarla como Senador del Reino, en la Alta Cámara, ejerciendo ya el cargo de Secretario general de la Corporación benemérita.

Motivo hubo para ello, por el arreglo de su copiosa y variada biblioteca, por la asiduidad ejemplarísima en el cumplimiento de sus deberes y por su precioso opúsculo *Datos bibliográficos* de dicha Sociedad, publicado con ocasión de su primer centenario.

Periodista eximio, extraño por completo á las luchas menudas y personales de la política al uso, sus concienzudos é interesantes artículos en *El Pensamiento Español*, *El Fénix*, *La España Católica* y *La Unión*, dilucidando con suprema autoridad y envidiable maestría complicadas cuestiones arqueológicas, llamaron la atención de los doctos y le procuraron un selecto público de admiradores, ávidos de sus raras noticias y de sus depura-

das enseñanzas. Pero donde su erudición se desborda en sana crítica y sabrosa lectura fué en las obras que llevan por título *La Edad de piedra*, *El hombre terciario*, *El libro de la provincia de Guadalajara*, *El diario de un patriota complutense*, por él prologado y anotado con derroche de saber de muy subidos quilates; *La historia de Castilla y de León durante los reinados de Pedro I, Enrique II y Enrique III*, libro de provechosa é indispensable consulta; *El Madroñal de Auñón*, *El fuego de Brihuega*, *La historia de las Bellas Artes en Salamanca*, *El Municipio durante la Monarquía visigoda*, y tantas y tantas otras que constituyen sólido pedestal de su gloria.

Su maravillosa labor quedó perpetuamente contrastada en el *Bosquejo de una bibliografía cervántico-alcalaína*, en el soberbio *Ensayo de una topografía complutense* y en la completísima *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*, en que Catalina García hizo alarde ciclópeo de su resistencia para el trabajo erudito de primera mano, enalteciendo la *patria chica*, de la que era entusiasta, sin pequeños ni grandes egoísmos que entibiaran su amor á la *patria grande*.

Plumas tan autorizadas como las de Pérez Villamil y el Conde de Doña Marina han hecho cumplidamente el elogio del llorado amigo; yo, que no tuve el honor de tratarle ni el gusto de conocerle, evoco su nombre, que en muchas ocasiones admiré, para ofrecerle en estos momentos el tributo que,

aun sin imponerlo la costumbre, le hubiera rendido de todos modos mi afecto desinteresado.



- Cumplido tan grato deber á la memoria de mi antecesor, voy, señores, á dar lectura á mi discurso de entrada en esta docta Corporación, que se referirá á nuestra labor en América, por exigírmelo así, y con gran fuerza, deberes de sangre, por haber nacido mi madre en tan hermosa tierra; deudas de cariño y de gratitud, porque en ella he pasado los mejores días de mi vida, sirviendo á mi patria, y patrióticos sentimientos de justicia, porque el conocimiento de su historia, que es la nuestra durante tres siglos, adquirido en gran parte sobre los lugares mismos de los hechos que la forman, me hizo conocer muy pronto la injusticia con que nos han tratado la mayoría de los historiadores extranjeros, no sólo con relación á nuestra acción en Europa, sino más principalmente en todo cuanto se refiere al descubrimiento, exploración, conquista y colonización de las Indias occidentales y orientales.

Y explícate así lo hicieran los pueblos que nos combatían; querían acabar á toda costa con nuestro grande y glorioso imperio y, faltos de todo escrúpulo, á la acción de las armas y de la diplomacia unieron la de la calumnia en sus variadas manifestaciones, haciendo lo que hoy llamamos una campaña de opinión contra España.

Pero lo que no puede comprenderse ni explicarse es el que ella haya tenido eco entre escritores nuestros, que contra sus sentimientos y deseos han viciado el criterio nacional y apocado su espíritu.

¿Quién no ha oído decir millares de veces á la mayor parte de nuestros conciudadanos que fuimos ignorantes y crueles en América y que los españoles no supimos ni sabemos colonizar?

¿Quién no oye hoy á todas horas, cuando los pueblos más cultos y adelantados son los que más aman á su patria y la sirven con más abnegación por haberse educado y formado en los grandes y gloriosos hechos de sus respectivas historias, que nosotros los españoles debemos cerrar con triple llave la tumba del Cid y volver la espalda á nuestra épica y hermosa historia, matando la vida del sentimiento, para fiar tan sólo nuestra reconstitución y nuestro porvenir á la cruel y despiadada de la materia?

Ahora se pretende olvidemos que todo lo bueno y grande que hemos hecho fué debido muy principalmente al incontrastable vigor de nuestras fuerzas morales.

Idealistas y caballeros, *Quijotes*, como hoy se dice, fuimos fuertes y poderosos y al pequeño mundo antiguo supimos dar otro grande y rico, y poner además, con Magallanes y Elcano, en comunicación á todos los continentes, formando el moderno, después de recorrer los primeros su redondez. *Sanchos* hoy, ¿qué somos? ¿Qué podemos darle?

Acostumbrado á servir leal y honradamente á mi patria, permitidme, señores, que, como acabo de manifestarles, rompa una lanza por ella y por los fueros de la razón y de la justicia, demostrando, aunque muy sobriamente para no fatigar vuestra atención, que el pueblo español es uno de los que más grandes y útiles servicios han prestado al progreso humano.

Luchador enérgico é infatigable, terminada la reconquista de su suelo y después de siete siglos de continuo batallar, sin sentir cansancios y lleno de soberanos alientos, con las capitulaciones de Santa Fe, abre para él nueva era de continuados trabajos, de grandes sacrificios y de colosales esfuerzos.

Pueblo pequeño y pobre, pero dotado de grandes fuerzas morales, intelectuales y físicas, no teme lanzarse á inmensos y desconocidos mares, y descubriendo un nuevo continente, motiva la revolución más grande, más transcendental y más fecunda en bienes que registra la historia de todos los tiempos y de todos los países.

De ella fueron dignos directores D.^a Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragón, auxiliados por el genio de Cristóbal Colón, el más ilustre, con Magallanes, de todos los marinos conocidos.

En principios científicos fundamentó siempre *el Gran Almirante* su proyecto de ir á las Indias orientales navegando por los mares de Occidente; mas puede considerarse como verdaderamente providencial la ruta que se trazó y siguió en su pri-

mer viaje, porque ella le llevó, dada nuestra situación geográfica, la de América y su forma, á ocupar desde el primer momento la situación más ventajosa que se pudiera imaginar, para con menos pérdidas de tiempo explorarla y conocerla en toda su extensión.

Colocadas las islas de Santo Domingo y de Cuba al Sur del continente americano del Norte, y al Norte de el del Sur, y frente y cerca del istmo que los une, al ser descubiertas por Colón en su primer viaje, su posición avanzada y central nos llevó, como por la mano, á conocer pronto y fácilmente, en toda su extensión, las costas del Golfo de México y del Mar Caribe, y, por la ocupación de éstas, á descubrir el más extenso de los mares, que entregamos al progreso humano, y á explorar y dominar, con grandes territorios, las costas occidentales del mundo americano del Sur. También el conocimiento de las primeras nos dió seguidamente el señorío de la llamada hoy América central, de México, de la Baja California, de Texas y de la Florida.

Además de ser tan privilegiada base de operaciones, las islas de Cuba y Santo Domingo fueron eficaz punto de apoyo, de protección y de recursos á las escuadras que saliendo de España se dirigían á la América central, para desde los puntos ya conocidos hacer largas exploraciones hacia el Sur y hacia el Norte.

Gratitud inmensa debemos todos los españoles al Gran Almirante y á los hermanos Martín Alonso

y Vicente Yáñez Pinzón, alma y vida que fueron en Palos de la organización de la escuadrilla compuesta por la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, y con cuyas naves, ayudado por tan experimentados marinos, en las aguas orientales del Océano Atlántico, cruzó sus inmensas y desconocidas soledades y arribó á sus límites más occidentales, descubriendo la isla de Guanahaní y parte de las costas de Cuba y Santo Domingo.

Á tan maravilloso resultado siguió, en el segundo viaje de Colón y después de reconocer la isla de Puerto Rico, el ocupar la de Santo Domingo y establecer en ella el centro de nuestro gobierno en aquellas lejanas tierras, y en el tercero descubrir el gran continente americano por las vecindades de la desembocadura del Orinoco.

Desde tan gran y transcendental momento ya no cesa la exploración de sus dilatadas costas orientales.

En Mayo de 1499, Alonso de Ojeda sale de Cádiz, toca en Paramaribo, en Susinam, y recorre las costas de la hoy Guayana inglesa y república de Venezuela; poco después, partiendo de Palos Alonso Niño de Moguer, da con la costa de las Perlas; á fines del mismo año Vicente Yáñez Pinzón, compañero de Colón en su primer viaje, descubre la costa más oriental del Brasil y la desembocadura del Amazonas; en 1500 Rodrigo de Bastidas explora la costa desde el cabo de la Vela al de Nombre de Dios; Colón, en su cuarto y último viaje, conociendo todas estas expediciones, sale en busca de

un paso al Océano Índico, que no encuentra, pero descubre la tierra que llamó de Gracias á Dios por los grandes temporales que sufrió sobre ella, las costas de Honduras y de Costa-Rica; en 1500 Diego de Lepe reconoce el declive occidental de esta costa americana bajo los 8 grados de latitud Sur; en 1508 Vicente Yáñez Pinzón, partiendo de Cuba, recorre la costa de Honduras, y siguiendo su viaje, el más largo hasta entonces en aguas americanas, baja hasta el cuadragésimo grado de latitud Sur, y, por último, después del desastroso fin de la última expedición del infatigable y audaz Ojeda, los restos de ella fundan la colonia del Darien, que había de ser punto de partida de grandes hazañas.

Fué la primera la de Vasco Núñez de Balboa. Sabiendo por los naturales del país que había un gran mar al otro lado de la cordillera que corría al Oeste de la colonia, el día 1.º de Septiembre de 1513 empezó su difícil acceso con 190 españoles y varios centenares de indios cargadores. Después de muchos sufrimientos y continuados trabajos, el día 25 llegó á la cumbre de las montañas, presentándose ante sus deslumbrados ojos, con toda su hermosa magnificencia, la inmensidad del Océano Pacífico. En tan dramático momento y dominado por la grandeza del hecho realizado, cayó de rodillas dando gracias á Dios por haber concedido tan señalada merced «á hombre de pequeño ingenio y escasos conocimientos, de poca experiencia y de baja estirpe».

Cuatro días después estaba en sus orillas y en la subida de la marea, al avanzar las olas, con la espada desenvainada entró en ellas hasta la cintura, tomando posesión del mayor de los Océanos en nombre del Rey de España.

Un año antes, el 2 de Abril de 1512, Juan Ponce de León, gobernador que había sido de la isla de Puerto-Rico, descubrió la península de la Florida, reconoció sus costas orientales y occidentales y en sus exploraciones llegó hasta la bahía de Apalache.

Al conocer el Rey D. Fernando el Católico el gran descubrimiento de Balboa, ordenó, el 12 de Noviembre de 1514, se alistara una escuadra de tres naves á las órdenes de Solís, el más ilustre de nuestros navegantes después de Pinzón, y que llegada al istmo rumbara al Sur, debiendo recorrer 1.700 leguas ó más á ser posible; con este itinerario se confiaba hallara la comunicación, si es que la había, entre los dos mares.

Cumplió Solís las instrucciones recibidas sin hallar el paso, que ya persiguió Colón en su cuarto viaje, mas en cambio descubrió el gran estuario del río de la Plata, al que dió el nombre de Mar Dulce; en sus orillas encontró la muerte á manos de los naturales del país, y la escuadrilla volvió á España.

Así como la ocupación del Darien por las gentes de Ojeda motivó el pronto descubrimiento del Pacífico, la conquista y colonización de Cuba por Diego Velázquez originó la del extenso y guerrero

imperio de Moctezuma, teatro luego de maravillosas hazañas.

De aguas de Cuba, en Febrero de 1517, salió una expedición á las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba, que descubrió la isla de las Mujeres y la península del Yucatán, que costeó. Tocó en cabo Catoche, en Campeche y en Potochán, siendo hostilizada en todos estos lugares. Perdida la mitad de la gente y herido gravemente su jefe, regresó á Cuba, donde falleció á los pocos días.

El 23 de Abril de 1518 siguió á esta expedición, y con bastantes más elementos, la de Juan de Grijalba. Ésta descubrió la isla de Cozumel, el gran río que lleva su nombre, la isla de Sacrificios, remontando hasta el lugar en que luego fundó Hernán Cortés la Villa-Rica de la Veracruz. De sus playas regresó á Cuba después de haber comerciado con los naturales del país, de haber vencido en los lugares en que halló resistencia y con abundantes noticias de la gran confederación azteca.

Los importantes descubrimientos hechos por Córdoba y Grijalba, y los entusiasmos que despertaron en el espíritu aventurero de los nuestros en la isla de Cuba, dieron lugar á una tercera expedición, que al mando de Hernán Cortés y compuesta de 17 naves con 663 hombres entre marineros y soldados, el 18 de Febrero de 1519 salió de cabo *San Antonio* y después de vencer en Yucatán, que con la isla de Cozumel incorporó á la Corona de España, fondeó en las costas de México, al Norte de la isla de Sacrificios.

Nuestro caudillo desembarcó su ejército, que hoy sólo podría constituir una escolta de honor de la bandera de la Patria, y puesto en comunicación con los habitantes de aquellos lugares, y teniendo mayores y más positivas noticias del gran poder de Moctezuma, lleno de confianza en sí mismo, resuelve la conquista del imperio azteca, sin tener para nada en cuenta la escasez de sus fuerzas y el que éstas no podían ser reforzadas ni socorridas por la situación especial en que se hallaba.

Para base de sus futuras operaciones funda sobre la costa la Villa-Rica de la Veracruz, y para que sus soldados no retrocedieran ante la, por lo demás, temeraria grandeza de su empresa, destruye su escuadra y queda con un puñado de hombres, de los cuales ya algunos habían dado muestras de flaqueza, y con las soledades del ancho mar á sus espaldas, frente á los ricos dominios de Moctezuma, habitados por un pueblo guerrero y valeroso y relativamente adelantado, y cuya única entrada por aquellos lugares la constituían gigantescas y extensas cordilleras, cubiertas de exuberante vegetación y llenas de formidables obstáculos.

Tres años empleó en su conquista y en ella desplegó excepcionales aptitudes: el valor ardiente del soldado y el sereno y tranquilo que pide el mando supremo; grandes talentos políticos para el manejo de los negocios, y militares para imaginar grandiosos planes estratégicos y para su más acertada ejecución; perseverancias superiores á las mayores contrariedades de la fortuna, siempre unidas á una

voluntad tenaz é inflexible ante los mayores obstáculos, y concepción clara y pronta de las cosas con resoluciones rápidas ó pacientes, según le imponían las circunstancias.

También debió sus éxitos á sus notables dotes de estadista y al saber apoderarse del espíritu de los hombres tan por completo, que de sus heterogéneos compañeros de expedición hizo el instrumento apropiado y digno de su inverosímil é inmortal empresa, á la que no quita importancia el pequeño ejército con que le dió cima, pues no es el número de combatientes, según nos demuestra la historia, el que da importancia á la acción, sino las consecuencias que ésta trae consigo, la magnitud de la escena y la entereza y valor de los actores.

Después de la conquista fué un colonizador inteligente y práctico, con sentido moral muy superior á su época, y consagrado al servicio de las ciencias y de su patria, un explorador infatigable por mar y tierra. En expediciones por el Pacífico y en busca de un estrecho entre éste y el Océano Atlántico gastó gran parte de su fortuna personal, caso nuevo y único en la historia de los grandes conquistadores.

Hombre nacido para la acción que crea y engrandece, ganada la ciudad de México, consagra Cortés todas sus actividades á la extensión y consolidación de su conquista, combinando las expediciones marítimas con las terrestres.

Personalmente acudió á la conquista del Pánuco, mandando á Olid con expedición marítima á las

Hibueras, donde se presentará más tarde extendiendo la dominación de España hasta las vecindades del lago de Nicaragua, y á Pedro de Alvarado ordenó la sumisión de Guatemala. Estas expediciones sobre las costas del Atlántico y del Pacífico fueron precedidas por la exploración y toma de posesión de estas últimas por unos enviados suyos, por cuyos informes fundó primero en Zacatula y Tehuantepec, y luego en Acapulco y Manzanillo, las bases marítimas de donde habían de partir sus largas expediciones á través del Pacífico y al Norte y Sur de sus costas americanas en demanda del ansiado paso al Atlántico. En ellas colocó carpinteros de ribera y maestros herreros y á ella se llevaban desde Veracruz, á hombros de indios, el velamen, las jarcias y la clavazón. Grandes cosas hicieron los españoles de aquellos tiempos porque fueron superiores á los obstáculos más invencibles.

El dominio y organización de la costa mexicana del Pacífico dieron, si cabe, mayores vuelos á las patrióticas ambiciones de Cortés, que se ofreció á su Rey para la conquista de las islas de la Especería y para clavar la bandera de España en el imperio chino, diciéndole en una carta: «Tengo en tanto estos navíos (alude á los que estaba construyendo en las citadas bases) que no lo podría significar; porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios Nuestro Señor servido, tengo de ser causa que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que hasta hoy en nuestra tierra se tiene noticia...., pues creo que

con hacer yo esto no le quedará á Vuestra Excel-
tad más que hacer para ser monarca del mundo».

En estos párrafos está toda el alma del que fué gran conquistador de México con un puñado de hombres.

La previsión de Cortés le permitió en Noviembre de 1527, cumpliendo órdenes del Emperador, mandar al través del Pacífico una expedición con el capitán Álvaro Saavedra Zerón, que después de descubrir varias islas, arribó á las Molucas y Mindanao en busca de uno de los buques de Magallanes.

Á esta expedición siguieron las que sucesivamente fué preparando Cortés, acudiendo, sin darse punto de reposo, de puerto en puerto á su organización, y gastando entre todas ellas trescientos mil castellanos de oro sin reintegro por el Estado.

El 30 de Junio de 1532 hizo salir de Acapulco una expedición á las órdenes de Hurtado de Mendoza, que descubrió las islas Mariás y exploró las costas de los hoy estados de Guerrero, Michoacán, Xalisco y parte del de Sinaloa, llegando hasta el grado 27 de latitud Norte; el 30 de Octubre de 1533 otra segunda, también suya, se hizo á la mar en el puerto de Santiago, hoy Manzanillo, y después de muchos y graves accidentes, descubrió en dirección Norte las islas de San Benito y del Socorro; en dirección Sur, y siempre costeano en busca de la comunicación entre los dos mares, llegó hasta el centro del golfo de Panamá; la tercera, mandada por Cortés en persona, fué á la península de Cali-

fornia, regresando á Acapulco después de grandes sufrimientos y peligros, y por último, la cuarta, compuesta de tres naves al mando de Ulloa, la dirigió hacia el Norte en busca del tan buscado paso. Una de las naves fué víctima de los malos tiempos; otra, por su mal estado, tuvo que regresar desde la isla de los Cedros; de Ulloa, que siguió con la tercera, no se volvió á tener la menor noticia.

Entre su tercera y cuarta expedición exploradora, y á solicitud de Pizarro que le pidió refuerzos, mandó nuestro gran caudillo al Perú dos naves á las órdenes de Hernando de Grijalba con buen número de hombres, bastimentos y pertrechos de guerra.

Fué Hernán Cortés el más grande y genial de los conquistadores de la América central y del Norte, y puede afirmarse, haciéndole la debida justicia, que Francisco Pizarro lo fué en la del Sur.

Sin tener los acabados talentos militares y políticos del que fué su modelo en la conquista del Perú, ni el gran sentido espiritualista que hizo de tan ilustre capitán un verdadero cruzado en su inmortal empresa de México, estuvo dotado Pizarro de un entendimiento muy claro, muy sagaz y muy positivo, de un corazón valerosísimo y de una poderosa y enérgica voluntad, unida á la más tenaz é invencible firmeza de propósito, nunca arredrada ni contenida por los obstáculos más fuertes y poderosos. Estas grandes cualidades estaban acompañadas por una gran carencia de escrúpulos en sus procedimientos, defecto muy atenuado en su trato

con las gentes por sus maneras francas, agradables é insinuantes.

Soldado pobre, inculto y sin influencias ni apoyos, cuando se le quiere detener en sus ambiciones de exploración y conquista de las ricas tierras del Sur, por considerarlas poco menos que irrealizables, cruza el primero con doce de sus compañeros la raya que traza con su espada en las arenas de la desde entonces famosa isla del Gallo, separando los corazones débiles de los fuertes y llenos de esperanzas; y fiel á un hecho tan memorable por las circunstancias en que se realizó, perseverante y hábil explorador, descubre el poderoso y rico imperio de los Incas, arrojando grandes peligros y sufrimientos, y audaz é inteligente capitán, comienza su conquista saliendo de su recién fundada colonia de San Miguel el 24 de Septiembre de 1532, para luego subir la formidable barrera de los Andes con 177 hombres, de los cuales 77 eran de caballería y 20 entre arcabuceros y ballesteros.

Vencida la cordillera después de fatigosa y difícil marcha, el 15 de Noviembre de 1532, y al pie de su falda oriental, ocupó Pizarro la abandonada ciudad de Caxamalco, la Cajamasco de hoy; á una legua de distancia veíanse las tiendas del numeroso ejército peruano y de su real caudillo.

Colocado Pizarro y su pequeña hueste entre el fuerte poder militar del Inca y las grandes montañas que acababa de dejar á sus espaldas, de hecho, por su temeridad puede afirmarse eran aquél y ésta prisioneros del valiente y poderoso caudillo del

Perú, que además, por no haber opuesto la menor resistencia á la marcha de los nuestros en los terribles y continuados desfiladeros de los Andes, daba lugar á la sospecha de haberlos dejado llegar hasta allí para, después de satisfacer su curiosidad, tener la gloria de acabar personalmente con tan terribles y misteriosos huéspedes.

Situación tan llena de peligros, que por sus desmesuradas proporciones no ofrecían medio de hallar la forma de poderlos vencer, ó por lo menos esquivarlos sin oprobios y muerte, llenó de temor todos los corazones menos el de Pizarro, que la había provocado obedeciendo á las exigencias temerarias de su inconcebible empresa. Digno de ella, supo vencerlas resuelta y prontamente.

Con su ardorosa palabra levantó el ánimo de los suyos, y de un bote de su lanza derribó, según dice Prescott, el encanto sobre que se basaba desde hacía siglos el poder de los Incas en aquellas extensas y hermosas tierras, cayendo hecho polvo á sus pies para dar paso á una civilización mucho más adelantada. Hazaña audaz, que hubiera alcanzado el aplauso de todos, á no ir acompañada de muertes injustificadas y de vergonzosas codicias.

Muerto el Inca Atahualpa, y antes por sus órdenes, su hermano Huascar que le disputaba la corona, y reforzada la hueste española con la llegada de Almagro y sus soldados, marchó Pizarro sobre el Cuzco, la muy poblada, hermosa y rica capital de los Incas, y después de ligeras escaramuzas, en-

tró en ella pacíficamente con banderas desplegadas y la ocupó por su Rey.

A la caída del reino del Perú siguió, con algunos combates, la del de Quito por Benalcázar; á ésta, la exploración de Pedro de Alvarado desde la bahía de Caracas á los llanos de Quito, á través de los puertos nevados de los Andes, y luego el descubrimiento de Chile hasta las fronteras de Arauco por Almagro y que más tarde conquistó el valeroso, inteligente y audaz Maestre de Campo Pedro de Valdivia.

Se vieron coronadas tan grandes y temerarias empresas, que sólo pudo realizar una raza como la española del siglo XVI, que á una inconcebible resistencia física unía un gran vigor de alma, superior á los mayores y más temerosos peligros, con la asombrosa de dos años y medio de duración, y llena de sufrimientos indecibles, de Gonzalo Pizarro al Amazonas, que descubrió en su curso superior, así como el río Napo, uno de sus principales afluentes.

En los primeros días del mes de Enero de 1540 sale de Quito con 350 infantes y 4.000 indios con abundantes recursos, entra en los Andes, sube á sus nevadas cumbres cubiertas de volcanes en erupción que hacen temblar la tierra bajo sus pies, desciende por sus abruptas faldas orientales, cruza extensas llanuras cubiertas por sombríos y grandes bosques, en los que es hostilizado por los indios salvajes, y después de largas y penosas marchas alcanza las aguas del Napo. En sus orillas, para que sea su explorador por el río y el asilo

de sus soldados débiles y enfermos, que eran muchos, manda construir un bergantín, cuya clavazón saca de las herraduras de los caballos muertos é inservibles, en el que hace el oficio de brea la goma que destilan aquellos árboles y de estopa los andrajosos vestidos de los expedicionarios. Dió su mando á Francisco de Orellana.

Tan atrevido capitán, por orden de su jefe, bajó por el Napo, alcanzó el Amazonas, y no pudiendo remontar éste ni aquél por el curso rápido de sus aguas, sin esperar á Pizarro, se entrega á las del Amazonas, y luchando contra los indios y furiosas corrientes, después de siete meses de recorrer centenares de leguas, entra con su barco majestuosa y milagrosamente en el Atlántico y arriba á la isla de Cubagua, de donde pasó á España.

Cansado de esperar semana tras semana Pizarro á Orellana, baja en su busca al Amazonas y en sus orillas encuentra un hidalgo abandonado por aquél por haber combatido su resolución.

No pudiendo seguir avanzando por el mal estado de sus soldados, Gonzalo Pizarro, para salir de la desesperada situación en que le había dejado su teniente, con energías sobrehumanas que comunica á los suyos, emprende la vuelta á Quito, que estaba á más de cuatrocientas leguas de distancia. Esta marcha retrógrada duró año y medio y se hizo por todos con ánimo entero y firme, pero con horribles sufrimientos físicos.

A fines de Junio de 1542 se presentó Gonzalo Pizarro á las puertas de la capital de su gobierno, con

menos de 2.000 indios y con 80 españoles, cubiertas las caras por sus largos cabellos y barbas, enfermos, muchos con achaques incurables, sin galas ni armaduras, vestidos de pieles y apoyados en paños, arrastrando penosamente sus cuerpos débiles y enflaquecidos, que encerraban almas fuertes y heroicas.

Antes de comenzar Pizarro la conquista del Perú, en 1526 Sebastián Gaboto y Juan Alvarez reconocieron minuciosamente el río de la Plata y el curso superior del Uruguay y del Paraná, y durante ella fundó Mendoza en 1536 la ciudad de Buenos Aires, continuando Juan de Ayolas su labor exploradora por este último río y por el Paraguay hasta llegar á los llanos del Perú, después de poner los cimientos á la ciudad de la Asunción. Más tarde Martínez de Irala remonta el Paraguay hasta el grado 17 y abre la línea de comunicación permanente entre el río de la Plata y el Perú.

En 1527 Juan de Ampues se establece en Venezuela, que explora y conquista; siguieron su labor con extensos reconocimientos hacia el Sur Ambrosio Alfinger y Jorge Spira.

En 1537 Gonzalo Ximénez de Quesada entra en el río Magdalena, que explora y llega á los territorios que hoy ocupa Bogotá. Después que él y en el mismo año el licenciado Vadillo sale de Cartagena y con grandes trabajos avanza hacia el Sur, sin llegar al Perú como pretendía, por haber encontrado en Cale exploradores nuestros procedentes de dicho virreinato.

Nuestra obra en la América del Sur la completaron los portugueses explorando y conquistando el Brasil.

*
* *

Antes de terminar esta especie de memorial de desagrazios con la exposición de los principales descubrimientos y exploraciones españolas por la América Central y del Norte, es deber mío ocuparme de la de Magallanes, porque por ella se extendió nuestra acción á otro lejano y también nuevo continente, y porque de ella salió la pequeña nave que con Sebastián Elcano hizo, sufriendo grandes trabajos, el primer viaje de circunnavegación, paseando por la redondez de la tierra la gloriosa bandera de España, vencedora en aquellos momentos en todo el continente americano, en Europa y en Asia.

El 20 de Septiembre de 1519 salió de Sanlúcar de Barrameda la escuadrilla que el Emperador había puesto á las órdenes de Fernando de Magallanes, compuesta del *San Antonio*, de 150 toneladas, el *Trinidad*, de 110, la *Concepción*, de 90, la *Victoria*, de 85, y el *Santiago*, de 75.

Por los deseos de tan gran navegante, se le había impuesto la comisión de ir á las Molucas por Occidente, pasando por el estrecho que, después de las expediciones realizadas en su busca al Norte del Plata, suponía hallarse al Sur de este río.

Llegado Magallanes á su desembocadura el 21 de Enero de 1520, reconoce minuciosamente sus ori-

llas y sigue luego costeano lentamente hacia el Sur, hasta el 31 de Marzo que, en el puerto de San Julián, alcanzó los 49 grados de latitud Sur.

Obligado á invernar por los excesivos fríos, se le sublevó parte de su gente, extraña á tan gran novedad, pidiendo la vuelta á España. Con las energías é inquebrantable firmeza de propósito de un Cortés ó un Pizarro, se negó á ello Magallanes, y, con los dos buques fieles que le quedaban, vence á los tres sublevados, castiga con la pena de muerte á los jefes del motín, perdona á los demás culpables, y después de acabar el invierno entre dicho puerto y el de Santa Cruz, se hace á la mar y el 21 de Octubre de 1520 descubre la entrada del tan buscado estrecho que desde entonces lleva su inmortal y glorioso nombre.

Por él entró reconociendo sus diversos brazos y navegando por sus revueltas orillas, dominadas por altas montañas cubiertas de nieve que le enviaban terribles avalanchas y fuertes vientos; á los treinta días desembocó en el Pacífico, al que dió este nombre por lo tranquilas que encontró sus aguas.

Lágrimas de gozo vertieron sus ojos ante la trágica grandeza de tan extenso é inexplorado mar, lleno de peligros, de trabajos y de gloria para él y los suyos; y con el corazón de triple bronce, como dice uno de sus historiadores, entró en el Pacífico con sus pequeños barcos, faltándole el *San Antonio* que se le había separado en el estrecho.

Semana tras semana, con aumento constante de sufrimientos por la natural disminución de los víve-

res y del agua, que se llegó á corromper, navegó Magallanes por las entonces inmensas soledades del mayor de los océanos, hasta el 6 de Marzo de 1522 que descubrió las islas que llamó Ladronas, por las costumbres de sus habitantes.

A este descubrimiento siguió el 16 de dicho mes el del archipiélago filipino, en el que treinta días después halló gloriosa muerte en un combate con los naturales del país.

No tuvo la fortuna, como Colón, de ver terminada su empresa, que puede considerarse, según historiador americano, «la mayor hazaña realizada en el mar», y que ocuparía el primero y más glorioso lugar entre todas las antiguas y modernas, si Magallanes, como el Gran Almirante, hubiera hallado á su paso un continente tan grande y rico como el americano. Había la Australia, mucho menos importante, que pasados algunos años descubrió Quirós, llevando también en su barco la bandera de España.

El viaje de Colón duró treinta y cinco días; el de Magallanes, desde que descubrió el estrecho que lleva su nombre, seis meses; esto después de un año de navegación por el Atlántico, con una invernada en los mares del polo Sur, la primera conocida en la historia de los descubrimientos.

A la muerte de Magallanes siguió pocos días después, y de igual manera, la de sus tenientes Barbosa y Serrao.

Abandonada la *Concepción* por inútil, la *Trinidad* y la *Victoria*, tocando en Borneo, retrocedieron á las Molucas, y después de hecho rico carga-

mento de especias, emprendieron su viaje de regreso, la primera á Panamá, donde no pudo llegar y de la que sólo se salvaron cuatro de sus tripulantes después de largo cautiverio, y la segunda, mandada por Sebastián Elcano, á España por el mar de la India, el cabo de Buena Esperanza y el Océano Atlántico.

Mucho sufrieron por el frío y el hambre en su larga y penosa navegación los tripulantes de la *Victoria*; mas al fin ésta, digna de su nombre y después de una ausencia de tres años menos trece días, entró vencedora en Sanlúcar de Barrameda el 7 de Septiembre de 1522; teniendo España la indisputable y pura gloria de que en tiempos en que la navegación estaba tan atrasada por todos conceptos, fuera, por el esforzado corazón de sus hijos, nave suya la primera que dió la vuelta al mundo.

Llamados por el Emperador los treinta tripulantes de la *Victoria* con su jefe, cuyo nombre cubrió de gloria é inmortalizó su heroica hazaña, á los pocos días salieron para Sevilla, donde los recibió con toda su corte, recompensando sus servicios. Dió á Sebastián Elcano 500 ducados y por escudo de armas el globo terráqueo con la hermosa y sublime leyenda: *Primus circumdedisti me.*

* * *

Mientras que Cortés, Magallanes, Elcano y Pizarro realizaban las grandes hazañas que acabo de apuntar ligeramente, continuaron los descubri-

mientos y exploraciones por la América central y del Norte.

En 1519 Alonso de Pineda, por orden de Garay, gobernador de Jamaica, recorrió las costas de México por su parte Norte, descubriendo la bahía de Mobila; á la exploración del golfo de México siguió la de la costa oriental de la América del Norte.

En 1521 Gordillo y Matienzo, costeándola con dos carabelas, llegaron á los 33°,30 de latitud, á la entrada de la bahía de Georgetown en la Carolina del Sur.

Cuatro años después el Licenciado Lucas Vázquez Ayllón envió una expedición, que recorrió 250 leguas de costa de la hoy gran república de los Estados Unidos. Los resultados de esta exploración motivaron que en 1526 armara una escuadrilla, compuesta de tres naves con 600 hombres y 80 caballos, y fundara una colonia, que llamó de San Miguel de Guadalupe, situada, según Harrine, entre los puertos actuales Wilmengton y Semitleville. En ella murió Ayllón, y por malsana hubo que abandonarla, salvándose tan sólo 150 hombres, que volvieron á Santo Domingo.

Esteban Gómez, el capitán del *San Antonio*, de la expedición de Magallanes, que había estado preso hasta la vuelta de la *Victoria*, por orden del Emperador zarpó de La Coruña á principios de 1525, con rumbo al Noroeste, con una nave de 50 toneladas.

Descubrió la península que llamó Labrador, y

convencido, por la crudeza del invierno boreal, que si en aquellas latitudes existía un paso al Pacífico sería de poca utilidad, modificó su rumbo, y tocando en tierra, entre el hoy estado de Main y Terranova, siguió cuidadosamente la costa hasta el 40 paralelo.

En el mapa de Ribero, publicado en 1525, toda la parte de la América del Norte, correspondiente á los estados hoy de Nueva-Inglaterra y Nueva-York, aparece suscrita «Tierra de Esteban Gómez, quien la descubrió por orden de S. M. en 1525».

A la constante y fructífera labor de nuestros audaces y duros navegantes, en toda la costa, desde Veracruz á los mares polares, supo responder, digna y cumplidamente, la de nuestros exploradores terrestres.

Obtenida del Emperador la concesión de toda la costa, desde los límites del virreinato de México á la costa oriental de la Florida, Pánfilo de Narváez, años después de su desastre de Zempoalla, mandando una fuerte expedición, compuesta de cinco naves y 600 hombres, desembarcó al Oeste de la bahía de Tampa, y mandando á su escuadrilla que le espere en un puerto de la isla de Pánuco, que sus pilotos decían conocer, avanza hacia el Oeste con 300 hombres, y después de una marcha penosa de dos meses entre bosques y pantanos, llegó á la aldea india de Apalache, no lejos de la Tallahree de hoy. Desde ella, después de descansar y ser hostilizado, bajó á la costa, y cerca de San Marcos mandó construir cinco grandes botes, operación que realizó

con grandes trabajos por falta de herramientas. En ellos se embarcó con su gente, y navegando entre islas y marchando por éstas y la costa, con constante pérdida de botes y gente, llegó al cabo de dos meses de sufrimientos á la isla de Matagorda con sólo 80 hombres. En ella muere con la mayor parte de sus soldados, salvándose tan sólo 15 con Cabeza de Vaca. Puestos en cautiverio por los indios, pudieron durante cinco años salvar sus vidas ejerciendo la medicina.

En 1534 Cabeza de Vaca, Dorante, Castelló y el negro Estebanico, únicos supervivientes que quedaban de la columna de Narváez, pudieron huir, y después de pasar ocho meses con otra tribu, siguieron avanzando hacia el Oeste, amparados cada día más por su reputación de médicos y seguidos de multitud de indios que vivían del saqueo de las aldeas por donde pasaban. «Con frecuencia, dice Cabeza de Vaca en la narración de su viaje, nos acompañaban de tres á cuatro mil personas, y como teníamos que soplar sobre ellas y que santificar las comidas y bebidas para cada cual y darles permiso para hacer multitud de cosas, según venían á solicitarlo, fácil es comprender cuán grandes eran nuestras fatigas.» Desde Texas á la costa del Pacífico tardaron diez meses, y se cree que su ruta al Oeste fué al través de dicho estado y el río Grande hasta la desembocadura del Conchas. Desde ésta continuaron al Sudeste y entraron en la ciudad de México en Julio de 1536, á los ocho años de haber desembarcado en la Florida.

A esta expedición siguió la de Hernando de Soto, el inteligente, bizarro y noble teniente de Pizarro en la conquista del Perú.

Nombrado por el Emperador en recompensa de sus servicios Gobernador de Cuba y Adelantado de la Florida, con la misión de explorar y conquistar por su cuenta toda la región que forma hoy la parte Sur de los Estados Unidos, salió de La Habana con nueve buques, 620 hombres y 223 caballos, y desembarcó en la bahía de Tampa el 20 de Mayo de 1539.

Después de varios reconocimientos marchó Soto para Apalache, donde invernó.

En la primavera, en vez de bajar al Sur como Narváez, tomó al Nordeste, y haciendo los necesarios descansos, cruzó el actual estado de Georgia, el río Savannah, las montañas azules por cerca de las fronteras del de Tennessee, y bajando luego al Sudeste por el de Georgia y el de Alabama, llegó á mediados de Octubre de 1540 á la gran aldea india de Mauville, situada algo más arriba del fondo de la bahía de Mobila. En dicho lugar sostuvo un reñido combate con los indios, en el que perecieron muchos de éstos; él tuvo 18 muertos y 150 heridos.

Otro caudillo menos audaz y resuelto que Soto hubiera dado por terminada su empresa después de las bajas sufridas en tan extensas exploraciones y penosas marchas durante año y medio; mas él, con alientos que aumentaban las dificultades que diariamente le salían al paso, siguió valerosamente hacia el Noroeste por espacio de un mes hasta lle-

gar á la aldea de Chicasa, situada al Norte del Misisipí y en la que inverná, perdiendo en un ataque nocturno de los indios 11 españoles y 50 caballos con casi todas sus provisiones.

Al comenzar la primavera siguió marchando por el mismo rumbo, y el 8 de Mayo de 1541 descubrió el Misisipí, el gran río como entonces le llamaron.

El 8 de Junio, en balsas que mandó construir, lo pasó algo al Sur del lugar que hoy ocupa la ciudad de Menfis; exploró el actual estado de Arkansas, avanzando á las grandes llanuras del Oeste en busca de pieles de búfalo para vestir sus gentes y de guías indios que le condujeran á la costa del Pacífico. Recogidas aquéllas y no encontrando á éstos, torció al Sudoeste y estableció sus cuarteles de invierno, pidiendo á la Nueva-España y á Cuba recursos para continuar sus descubrimientos y conquistas. Cercados por las nieves, los expedicionarios experimentaron grandes sufrimientos durante varios meses.

En la primavera emprendió Soto la marcha hacia el golfo de México, á fin de recoger los refuerzos y provisiones que había pedido, descontento de no haber avanzado hacia el Oeste tanto como Cabeza de Vaca. Mucho sufrió su gran espíritu en esta marcha, viendo disminuir á diario sus ya mermaidas fuerzas.

Enfermó al fin, y, sintiéndose morir, se despidió de los suyos, y después de nombrar por su sucesor á Luis Moscoso, entregó su alma á Dios el 21 de Mayo de 1542. Llevado su cadáver en una canoa

al centro del río, el Misisipí recibió en sus profundas aguas los gloriosos restos de su noble y heroico descubridor, sirviéndole de digna y grandiosa sepultura.

Dando por terminada la expedición, Moscoso y los suyos resolvieron regresar por tierra á México. Por Texas llegaron al río de la Trinidad; la falta de subsistencias y las hostilidades de los indios les obligaron á regresar al Misisipí. En sus orillas construyeron siete bergantines, y el 2 de Julio de 1543 descendieron por el río, corriendo muchos peligros á causa de las corrientes y de los indios, pues no tenían ya armas de fuego.

Diez y seis días tardaron en llegar al mar y cincuenta y dos siguiendo la costa del golfo al río de Pánuco, en cuya desembocadura fondearon el 10 de Septiembre de 1543, á los cuatro años, tres meses y once días de su desembarque en la bahía de Tampa.

Hace el elogio de las grandes aptitudes de Hernando de Soto para el mando el que, después de tan larga y trabajosa campaña, de los 620 expedicionarios volvieron 331.

Así concluyó la exploración más notable del Norte de América, que sólo puede compararse con la acometida por Coronado en aquellos tiempos, quien fué para la región del Sudoeste lo que Soto para la Oriental y Central.

Resuelto el Virrey Mendoza á explorar y conquistar los inmensos territorios situados al Norte del imperio debido al genio de Hernán Cortés, or-

ganizó para ello una expedición con 300 españoles, 800 indios, gran número de caballos de repuesto y abundantes manadas de cerdos y carneros, dando su mando á Francisco Coronado, Gobernador de la Nueva-Galicia. Completaba la expedición una escuadrilla á las órdenes de Hernando de Alarcón, que debía seguir á Coronado por la costa del mar de Cortés, conservando la comunicación con el ejército y llevando parte del bagaje.

Llegado á la desembocadura del Colorado, Alarcón subió por él en botes unas 200 millas, hasta cerca del extremo inferior del cañón, regresando á sus barcos.

Coronado se puso en movimiento en Febrero de 1540, siguiendo la costa occidental de México. En Culiacá dejó el grueso de sus fuerzas, y continuó su marcha con 50 jinetes, algunos infantes y la mayor parte de los indios. Cruzó el Sudoeste del hoy estado de Arizona, y luego, dirigiéndose al Este, llegó á Cibola, que ocupó dando la orden de *que se le incorporara el resto del ejército. En el interin llegaba éste, Coronado cruzó el Colorado penetrando en el país hacia el Oeste, mientras Pedro de Tovar por el Nordeste se dirigía á la provincia de Tusayán. A esta expedición se debió el descubrimiento del gran cañón del Colorado por Cárdenas.*

Llegado el grueso del ejército á Cibola, avanzó Coronado hasta el centro del que luego se llamó Nuevo-México, y sobre el Río Grande, en Tiguex, estableció sus cuarteles de invierno; los indios le atacaron y fueron rechazados.

En la primavera de 1548 salió para Quivira, ciudad de la que le había hecho deslumbradoras descripciones un indio prisionero. Después de una marcha de treinta y siete días llegó á las fronteras del actual estado de Oklahoma y seis semanas después entró en Quivira, que resultó ser una aldea de indios en el centro del estado de Kansas.

Por este mismo tiempo se encontraba Hernando de Soto á unos cuantos cientos de millas hacia el Sudeste explorando Arkansas. Una india que se fugó de la columna Coronado llegó á la de Soto nueve días después.

No pudiéndose aún colonizar tan distantes y vastas regiones, Coronado emprendió su regreso á la Nueva-España; su audaz y bien dirigida exploración había dado á conocer gran parte del Sudoeste y de la derecha del Misisipí, territorios que en 1598 fueron ocupados por D. Juan de Oñate.

En el verano de 1542 fué reconocida por Cabrillo la costa occidental de California hasta el cabo Mendocino, al que dió este nombre en honor del Virrey.

Dice un moderno é ilustre historiador americano: «Las grandes expediciones de Soto y de Coronado, para explorar los Estados-Unidos, emprendidas un siglo y medio de anterioridad á la de La Salle, y dos y medio siglos antes de las de Lewis y Clark, fueron el natural desbordamiento de los maravillosos actos de Cortés en México y de Pizarro en el Perú, y marcan el punto más alto de la energía española en nuestro propio país; nunca han sido sobrepasadas como demostración de hábil

dirección y de trabajo tenaz por ninguna empresa similar de franceses ni de ingleses en el Norte de América. Los resultados fueron entonces contraproducentes, pero en los registros de las exploraciones del globo ocupan alto y honroso lugar entre las grandes empresas de la Historia».

*
* *

Por este siglo, y parte del siguiente, continuaron nuestras exploraciones por la Oceanía y por la costa occidental de la América del Norte hasta el siglo XVIII.

En 1542 Ruy López de Villalobos, saliendo de Ciguatlán (México), descubre la isla de Santo Tomás y la Nublada, el archipiélago del Coral, el grupo de los Jardines y la isla Matalata.

El capitán Vizcaíno en 1602 fué mandado á California con una fuerte expedición, para explorarla detenidamente y proceder á su colonización. Después de remontar el cabo Mendocino y descubrir el que llamó de San Sebastián, horriblemente castigado por el escorbuto, tuvo que regresar á su punto de partida sin haber podido llenar la misión que se le había confiado.

Este mismo capitán, mandado por el Virrey de México el 22 de Mayo de 1611 desde el puerto de Acapulco, se dirigió al Japón como embajador del Rey de España; era su principal misión reconocer sus costas y la llenó cumplidamente.

Desde la fracasada expedición de Vizcaíno puede decirse que la principal atención de los virreyes de México se consagró á las Californias.

Los padres jesuitas María Salvatierra y Eusebio Francisco Kino, con cinco soldados y tres indios, fueron los primeros en reconocer minuciosamente toda la Baja California y empezar en grande su colonización, que motivó años después nuestra expansión por la que se llamó Nueva ó Alta California. Comenzó ésta la perseverante voluntad y celo inteligente del visitador Gálvez.

De acuerdo con los misioneros, y autorizado por el Virrey, organizó una expedición que á las órdenes del piloto D. Vicente Vila, acompañado del cosmógrafo D. Miguel Costanzó y llevando fuerzas de desembarco y abundantes víveres, llegó al puerto de San Diego el 11 de Abril de 1769. Mandó una segunda expedición por tierra, compuesta de unos pocos soldados y algunos indios á las órdenes de Fernando Rivera con D. José Cañizares para las observaciones científicas, y una tercera más importante, al mando del gobernador de California D. Gaspar Portela, que partió de Loreto llevando á Fray Junípero Serra, considerado luego como el conquistador de la Alta California, así como el Padre Salvatierra lo había sido de la Baja.

El 1.º de Julio de 1769 reuniéronse todas la expediciones en el puerto de San Diego, no sin sensibles pérdidas en la travesía de tierra y de mar; de los barcos se perdió uno, ignorándose su paradero.

Portela, al frente de todas las fuerzas, salió de

San Diego el 14 de Julio de 1769 y después de cruzar la sierra de Santa Lucía, el 1.º de Octubre dió vista á la Punta los Pinos y á las ensenadas de su parte Norte y Sur, y el 30 de dicho mes á la de los Reyes y alturas del que luego había de ser puerto de San Francisco y capital de tan rica y vasta región. No pudiendo llegar á este último punto, por impedirlo grandes esteros, contramarchó á San Diego, donde llegó el 24 de Enero de 1770.

Repuestas sus fuerzas de las fatigas sufridas y habiendo llegado un barco con víveres, el infatigable gobernador de la Baja California preparó una nueva columna para explorar la costa hacia el Norte, debiéndole seguir por mar el capitán Juan Pérez con el *San Antonio*. Este se hizo á la vela el 16 de Abril de 1770 y Portela salió por tierra al día siguiente, llegando, después de trabajosas marchas, el 24 de Mayo al hoy puerto de Monterrey, al que arribó el *San Antonio* el 31.

Reunidas las fuerzas de mar y tierra, tomaron posesión de toda aquella gran región en nombre del Rey de España, fundando el segundo establecimiento español en la Alta California.

Es la última de nuestras exploraciones en América la realizada en 1792 por orden de Carlos IV y siendo Virrey de México el conde de Revillagigedo.

El 9 de Marzo de 1792 salieron de Acapulco las goletas *Sutil* y *Mexicana*, mandadas por los capitanes de fragata D. Dionisio Galiano y D. Cayetano Valdés, con la misión de buscar un estrecho que comunicase las bahías de Baffin y Hudson.

Llegaron á Noutka, reconocieron aquellas lejanas tierras en compañía de los buques ingleses de la expedición de Vancouver, levantaron algunos planos y á su regreso fondearon en San Blas el 23 de Noviembre.

Disputada Noutka por España á Inglaterra, después de algunas expediciones, se convino en que las dos la abandonaran, como así se hizo en 1794.

*
* *

De cuanto acabo de exponer resulta confirmado, señores, según dejo dicho al comienzo de este discurso, que España hizo tanto ó más que ningún otro pueblo por la causa del progreso y la civilización, porque á ella se debe no sólo el descubrimiento del Océano Pacífico, el de su verdadera ruta navegando hacia el Oeste, de la mayor parte de sus archipiélagos, de la Australia y del gran continente americano, sino también la exploración minuciosa de la costa de éste en el Atlántico, desde la península del Labrador al cabo de Hornos, dejando á Portugal su gloria del Brasil, y el Pacífico desde dicho cabo al límite Norte del actual estado de Oregón, en la gran república americana; sumando á tan descomunal labor, llena de temerosos peligros y de inauditos trabajos y sufrimientos, la no menos abundante en todos éstos, del descubrimiento y exploración de sus grandes ríos desde el Misisipi al Plata, recorriendo en toda su extensión el

Magdalena, el Orinoco, el Amazonas, el Uruguay, el Paraná y el Paraguay; la conquista de valerosos, ricos y dilatados imperios, con civilización propia aunque muy inferior á la nuestra; la exploración, en lucha contra la naturaleza y contra los indios salvajes, de muchas y grandes regiones cubiertas de espesos y altos bosques y de terrenos pantanosos; el reconocimiento de sus grandes cordilleras, estableciendo comunicaciones permanentes al través de ellas, y por último la colonización desde los límites Sur de Arauco y el Plata á los límites Norte de la Alta California, del Nuevo México y de la Florida; fundando entre aquéllos y éstos, sin el vapor ni la electricidad y con escasos recursos, grandes y hermosas poblaciones con amplias plazas y calles rectas y espaciosas, dotándolas con todos los elementos necesarios á su vida y á su desenvolvimiento y progreso; creando en sus costas puertos y astilleros para la construcción y organización de las naves dedicadas á la exploración y al comercio; abriendo comunicaciones para la nueva vida llevada por nosotros á aquellas tierras; aumentando la natural riqueza de éstas con los cereales, hortalizas, frutas y el ganado europeo de lana y cerda, allí desconocidos, y estableciendo pequeños y grandes centros de enseñanza y de instrucción, que acabaran hasta con las raíces de los cultos de sangre allí usados y prohibidos por nosotros, dando á conocer y propagando la religión cristiana y todo el saber acumulado por los siglos y grandes civilizaciones del viejo mundo.

La colonización española fué siempre humana y generosa, porque se esforzó en dar á los vencidos todos los bienes de que gozaba el vencedor. Debido á esto y á sus procedimientos templados de gobierno, nuestro imperio en América fué de tan larga duración como el fundado por Augusto en Roma, á pesar de estar sus partes tan distantes entre sí, de haber perdido el dominio de los mares con el desastre de la Invencible, de nuestras desgraciadas aunque gloriosas guerras de Flandes, de la ruinosa de Sucesión y de la innecesaria de Italia en el siglo XVIII. Se necesitó para que se alzaran los americanos en armas contra la metrópoli la independencia de las colonias inglesas, tan ayudada por nosotros, las ideas vertidas por la Revolución francesa, que se extendieron con gran rapidez por estar ya preparado el terreno por los enciclopedistas, y nuestra larga guerra de la Independencia.

Hoy se nos puede y se nos debe hacer justicia: ya están muy lejos los tiempos en que se nos temía; los tiempos de Felipe II, los de mayor grandeza del imperio español, cuando unida la Península ibérica bajo un solo cetro dominaba en Europa el Rosellón y el Franco-Condado, los Países Bajos, el ducado de Luxemburgo, la Cerdeña, el Milanesado y los reinos de Nápoles y de Sicilia, teniendo bajo su dependencia Toscana, Parma y otros pequeños estados de Italia; en Africa la Goleta, casi todos los puertos de Marruecos en el Mediterráneo y en el Atlántico, las Canarias y todas las posesiones portuguesas; en Asia los ricos esta-

blecimientos fundados por éstos en las costas de Coromandel y Malabar, en la isla de Ceylán y en la península de Malaca; en la Oceanía las islas Filipinas y las Molucas, y, por último, en América todo su continente Sur y el del Norte desde el istmo de Panamá, con las Antillas grandes y chicas, á los límites extremos de la Baja California, del Nuevo México y de las dos Floridas.

Tan grande y desparramado imperio estaba guardado por un fuerte poder naval, que en aquellos tiempos nos daba el dominio del mar, con aptitudes para vencer á los franceses en las Terceras, al turco en Lepanto, para bloquear toda la costa Sur de Inglaterra, casi impidiendo su comercio con las de Francia desde la desembocadura del Sena á la del Bidasoa, y para amparar el nuestro, entonces floreciente, entre tan lejanas colonias y la metrópoli.

También estaba defendido por un valeroso ejército, más temido por su calidad que por su número, y que sabía vencer y vencía en Europa haciendo la guerra regular, en el Norte de Africa la suya especialísima, y en América la irregular en todas sus infinitas formas, y siempre regidos por grandes capitanes que á sus talentos militares unían los políticos y los administrativos.

¿Por qué tratar nuestros errores económicos y políticos en América con el criterio de hoy y no con el de los tiempos y circunstancias en que se produjeron? ¿Por qué no estudiar con espíritu imparcial y con sereno juicio los que pudo imponer-

nos, y aun exigirnos, la defensa de nuestro imperio colonial en tiempos de decadencia y cuando nos combatían con toda clase de armas pueblos cuya vida estaba en nuestra muerte?

No nos hemos quejado ni nos quejaremos jamás de que se traten con la severidad debida los verdaderos actos de crueldad cometidos por algunos de nuestros conquistadores en las Indias Occidentales y en las Orientales; mas debe hacerse sin caer en las exageraciones del Padre Las Casas, prelado lleno de virtudes y de nobles sentimientos, que en varias ocasiones, llevados á la exageración, no le permitieron apreciar las cosas tal como en sí eran, en sus exactas proporciones y dentro de las realidades de la vida.

Cierto, ciertísimo, que el amor al oro hizo se cometieran crueldades que como hombre soy el primero en condenar y sentir como español, por lo que deslucen algunas, aunque no muchas, las glorias de nuestra patria; pero no debe olvidarse en ningún momento que dicha pasión, con todas sus reprobadas consecuencias, no es un privilegio casi exclusivo del pueblo español, como por algunos se ha pretendido y pretende, sino que desgraciadamente lo han sentido y sienten con demasiada viveza la mayoría de los hombres de todos los países, desde los tiempos más lejanos, y con mucha más intensidad los que alardean de más civilizados, porque su mismo adelanto les impone satisfacer las grandes y múltiples necesidades materiales que el refinamiento de costumbres trae consigo en

todas las civilizaciones, y que van en aumento según ellas se van perfeccionando, dando lugar, como ya lo han dado hoy, á que las luchas entre los pueblos sean esencialmente económicas y, por lo tanto, despiadadas y crueles, por los grandes daños que ocasionan, en atención á que los muchos y trascendentales intereses que en ellas se ventilan y que afectan muy hondamente á la vida de las naciones, obligan á llevar las guerras con gran rigor y resueltamente á fondo, sin respetos ni consideraciones de ninguna especie, para que sea verdaderamente provechoso el fruto de la victoria, salvando la propia riqueza y aumentándola con la ajena.

Ya en los tiempos antiguos, y sin ir más allá de las guerras púnicas para no fatigar vuestra atención, Roma combatió y destruyó á Cartago porque necesitaba que fuera suyo el comercio del Mediterráneo, y más tarde con Lúculo, Sila y Pompeyo conquistó los reinos del Asia Menor para apoderarse de sus riquezas y consolidar su imperio, que andando los tiempos y con el vigor perdido por exceso de bienestar, fué destruído fácilmente por la codicia de los bárbaros.

De ella no estuvieron exentas las luchas de la Edad Media, y si en nosotros no alcanzaron tal carácter, fué porque durante siete siglos estuvimos consagrados á la reconquista de nuestra suelo y á la defensa de nuestras creencias, lo que motivó fuéramos en aquellos tiempos el pueblo de fe más robusta, más espiritualista y más romántico y caballeresco del viejo mundo.

Dotados de tan altas cualidades y de un temperamento esencialmente aventurero, ¿es de extrañar, rendida Granada y dado lo que es el corazón humano, según demuestra la historia y confirma la propia experiencia, que los españoles, pobres, después de tanto batallar, se lanzaran temerariamente á lo desconocido con el deseo de mejorar de fortuna?

Hay que hacernos la justicia de creer que sólo una pequeña parte de ellos llevó la sed de riquezas como única y dominadora pasión, y ella fué la que dañó nuestro buen nombre; en cambio, otra más numerosa, la de los misioneros, lo honró por su fe, por su saber y por su gran espíritu de sacrificio, así como también la que sólo se movió por el sentimiento de la proeza, la busca de temerarias empresas y la sed de gloria.

La gran mayoría llevó, ciertamente, el deseo de mejorar de posición, pero llena de sentimientos honrados, por ir acompañado dicho deseo de bien arraigadas creencias religiosas y de un gran espíritu caballeresco, pues aún no se había escrito el *Quijote*.

Recordemos lo ocurrido en pleno siglo XIX, con su civilización y sus progresos, en los placeres auríferos de California y en otros lugares, y en el presente lo que está ocurriendo en el Norte de América, en el helado Klondike.

Como dejo ya apuntado, no hemos tratado ni trataremos nunca los españoles de ocultar, ni aun disculpar, las verdaderas crueldades que hayamos podido cometer, y que somos los primeros en conde-

nar severamente; pero los censores extraños, que con tanta dureza nos tratan, debieran también, respetando los fueros de la justicia, reconocer y confesar los de sus propios países, que no son pocos ni de escasa monta.

No es frase española la de que «el mejor indio es el indio muerto»; á ella podemos oponer todas nuestras leyes de Indias.

España conquistó las Indias Occidentales y las Orientales amparando y conservando á los vencidos; otros pueblos, no bárbaros ciertamente, por convenir á sus intereses, han hecho desaparecer fría y metódicamente razas enteras, pretextando eran refractarias á la civilización y al progreso.

¿Cuál es más estimable y simpático, el hombre imaginación, todo sentimiento, ó el hombre negocio, frío, calculador y egoísta, por lo tanto?

El primero, á pesar de los vicios inherentes á la naturaleza humana, está capacitado para el bien y lo realiza de verdad con sus semejantes; el segundo, también con ellos, cuando hace alguna obra buena, suele provocar el recuerdo de los conocidos versos:

El señor don Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital.....
y también hizo los pobres.

¿Vale más este hombre que el español del siglo XVI, que á su imaginación, á la grandeza de sentimientos y al vigor y osadía de su alma unió una

invencible resistencia física, nunca igualada por los otros pueblos, y que hizo decir á nuestro historiador Herrera que los españoles peleaban á un tiempo en América con los enemigos, con el clima y con el hambre?

Para demostrar, con las mayores garantías de imparcialidad, que éstos valían mucho más que aquél, voy á recurrir á autoridad extraña á nosotros y nada sospechosa por la rectitud y solidez de sus juicios, á la de Mr. Edward Gailord Bourne, profesor de Historia en la Universidad de Yale, en los Estados Unidos. Dice en obra que no ha mucho ha publicado sobre nuestra colonización en América: «Si comparamos ahora lo que hicieron los españoles en el siglo XVI con la obra de los ingleses en el XVII, debemos fallar que, aunque difiere en su carácter y está menos de acuerdo con nuestras predilecciones y prejuicios, constituye una de las mayores proezas de la historia humana. Los españoles emprendieron la tarea magnífica, aunque imposible, de exaltar á una raza entera, compuesta de millones de individuos, hasta la esfera del pensamiento, de la vida y de la religión de Europa». Y dice en otro párrafo de la citada obra: «Si ahora revisamos los mismos acontecimientos con los ojos del veterano de la conquista, Bernal Díaz del Castillo, como veía él cuarenta y siete años después, notamos que lo primero que vino á su espíritu fué el maravilloso cambio en la vida y en las condiciones, cambio en rango y en carácter, quizá no igualado nunca en la historia de una raza en tan corto

tiempo. En vez del horroroso templo de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, humeantes con los sacrificios humanos y chorreando sangre de las víctimas, se ven las iglesias cristianas y se derraman entre los mismos indígenas los beneficios adquiridos á tan duras costas en las edades de lentos progresos, las artes desarrolladas, los varios animales domésticos, los granos, las legumbres y las frutas, el uso de las cartas, la imprenta y las formas de gobierno. Así como pasa el niño, física y mentalmente y de un modo rápido, por el primer estado del desarrollo de la raza, así los naturales de Nueva España, en una y media generación, pasaron por todos los estados de la evolución humana. Si tales dones fueron traídos por la guerra y la conquista, así también fueron llevados por Roma á las Galias y á la Gran Bretaña».

Por si no bastara con lo expuesto á la pregunta que antes he formulado, ruego se me permita citar, y por iguales causas, algunos párrafos del sabio é ilustre Sir William H. Prescott en su *Historia de la conquista de México*: «No se puede concebir en este siglo razonador el carácter del caballero castellano del siglo XVI y hubiera sido aún imposible hallarle en ningún otro pueblo. Hay que buscarle en los libros de Caballería que, á pesar de todas sus extravagancias, son menos fabulosos por los caracteres que por las situaciones. El entusiasmo producido por el espectáculo que le ofrecían los países descubiertos, compensaba ampliamente en el aventurero español todas las fatigas y todos los peligros. Pa-

rece que la Providencia quiso que tan gran raza coincidiera con el descubrimiento del Nuevo Mundo á fin de revelar prontamente al resto del mundo inmensas regiones llenas de peligros y de formidables obstáculos».

Creo baste con estos juicios, hechos por autoridades de tan grande como bien merecida reputación, para que mi pregunta quede amplia y satisfactoriamente contestada y bien demostrado que por valer mucho por todos conceptos los españoles de aquellos tiempos pudieron emprender y dar gloriosa cima á empresas nunca igualadas por ningún otro pueblo. Cierto, certísimo que nuestras hazañas tuvieron sus sombras, pero también lo es que sin ellas hubieran dejado de ser obra del hombre.

Además, ¿qué suponen algunas manchas en la desmesurada grandeza de empresas realizadas en breve espacio de tiempo, venciendo los obstáculos más insuperables, cuando á ellas tanto debe el progreso de las ciencias y el bienestar moral y material del hombre, es decir, la civilización en su más amplio y verdadero concepto?

Podemos hoy con justicia los españoles enorgullecernos de que en el continente americano deban su vida á la fecunda *Madre España* diez y siete nacionalidades con su independencia reconocida por todos los pueblos y bien asentada por las energías de su voluntad y por sus incesantes progresos. Éstos, en una de las más importantes, he tenido la dicha de poderlos estudiar personalmente.

Honrado el año pasado por S. M. el Rey con el

cargo de Embajador extraordinario suyo cerca de la República Mexicana, con motivo del Centenario de su independencia, pude darme bien cuenta, á pesar de tantas y tan brillantes fiestas y por la cultura desplegada en ellas, de los grandes y maravillosos progresos realizados en tan hermosa tierra por su ilustre caudillo el General D. Porfirio Díaz, desde que le dió la paz interior, acabando con las turbulencias de todo género que le habían sido tan dañosas y costado la mitad más grande de su territorio, como, ejerciendo yo el cargo de Gobernador general de la isla de Cuba, me dijo un mexicano de gran significación en su país, porque era la mitad más rica.

Al ocupar el General Díaz en 1896 por primera vez la Presidencia de la República, no había en ella más línea férrea que la de México á Veracruz, con una extensión de 450 kilómetros, ni otra línea telegráfica que la correspondiente á dicha vía férrea; la seguridad dejaba mucho que desear en pueblos y ciudades y en absoluto no existía en sus vastos campos, impidiendo el desarrollo de su riqueza agrícola y minera y el de su comercio; de tal estado de cosas se resentía la cultura del país y también todos los ramos de su administración.

El Tesoro estaba exhausto y el crédito había llegado á un nivel tan bajo que el General Díaz, en sus primeros tiempos de gobierno, para hacer frente á las necesidades más urgentes, como el pago de la tropa y del personal civil, tuvo que acudir á operaciones de crédito á plazos de dos y cuatro meses,

con garantía de los derechos de Aduanas y con intereses que se elevaban al 15 y 20 por 100 anual.

A mi llegada á México, hace algo más de un año, la red ferrocarrilera en explotación se aproximaba á 24,000 kilómetros; las líneas telegráficas se extendían por todo el país, sin que hubiera parte de él aislada; en el Tesoro público había cerca de 70 millones de pesos procedentes de los *superavits* de los presupuestos, después de haber invertido fuertes sumas en subvenciones para la construcción de los ferrocarriles y obras públicas; el crédito del país era tan sólido, que en los últimos años el papel del Estado se había cotizado en Europa capitalizándolo al 4 y al 4 $\frac{1}{2}$ por 100; la riqueza pública había aumentado tan considerablemente que la propiedad urbana y rústica, sin contar la capital, donde el aumento era asombroso, había triplicado su valor en gran parte del país, y, por último, el comercio, la agricultura y la industria estaban en gran florecimiento por el esfuerzo de los residentes en el país, y en gran parte por los capitales extranjeros que allí habían ido en busca de inversión lucrativa, confiados en la estabilidad de la paz pública y en la seriedad y moralidad de la administración.

Como dato que da á conocer la importancia de los capitales empleados desde los tiempos indicados en la industria, debo citar el de alguna Sociedad que ha invertido más de 60 millones de pesos en instalaciones de fuerza hidro-eléctrica é irrigación, y muchísimas dedicadas á diversas industrias

con capitales propios de 8 á 15 millones, sin incluir en éstas á las Empresas ferrocarrileras ni á los Bancos de descuento, que representan muchos cientos de millones de pesos.

Los ingresos anuales del Gobierno federal en 1876 apenas ascendían á 31 millones de pesos, y ahora ascienden á más de 100 millones.

No son menos importantes los progresos hechos en México en la multiplicación y organización de sus centros de enseñanza, desde la escuela de primeras letras á sus Universidades y otros centros científicos, de los que sale una juventud de gran valer, sólidamente instruída y que honra á su patria.

Parte de dicha juventud va á sus escuelas militares, que tuve la honra de visitar y que encontré á la altura de las europeas. Ellas dan al ejército mexicano cuadros de oficiales distinguidísimos por su instrucción militar, aparte de la general, por sus bien arraigados sentimientos de honor, por su bravura y por su disciplina. Es de deplorar que oficialidad tan brillante, base de jefes y generales de bueno y merecido gran concepto y que son orgullo de su patria, no encaje en un ejército que tenga mejor ley de reclutamiento y sea en su cantidad lo suficientemente numeroso para la paz y defensa de tan hermosa tierra, que estimamos con sincero afecto todos los españoles.

Este afecto y esta estimación se extiende á toda la mal llamada por muchos América latina, cuando sólo es por su origen América española.

Ella y nosotros, aunque no se quiera, estamos unidos por fuertes lazos, comunidad de historia desde las capitulaciones de Santa Fe á la terminación de sus guerras de independencia; comunidad de intereses económicos debida á las relaciones comerciales establecidas desde el descubrimiento y por la constante emigración española; y, por último, por la comunidad de raza, que á mucho nos obliga si queremos no sea vencida y cumpla los gloriosos destinos pacíficos á que está llamada por sus aptitudes, su fuerza numérica y por su extensión en el mundo.

Es auxiliar de tan grande y hermosa obra el que entre las naciones hispano-americanas y su antigua metrópoli no hay al presente agravios que vengar y que satisfacer, ni los hubo en el pasado de sólidos y verdaderos fundamentos que hoy puedan justificar odios ó por lo menos desvíos.

¿Será un sueño irrealizable tan hermosa unión espiritual entre pueblos hermanos, pues como tales nos consideramos hoy de los de nuestra raza en América? Si así fuera, creo que por lo menos nuestra gran labor en América por la causa de la civilización y el progreso humano debe merecer alguna gratitud á todos sus hijos, incluso á los que no pertenecen á nuestra raza, á los ciudadanos de la república de los Estados Unidos, que, además del descubrimiento del continente americano, nos deben el reconocimiento y colonización de su territorio Sur y del Oeste, la exploración minuciosa de sus costas del Atlántico y del Pacífico y la ayuda

que les prestamos en sus guerras de independencia. Mucho agradecemos la justicia que nos han hecho y hacen sus más ilustres y concienzudos historiadores, así como también á los de la América española, que han procedido y proceden con nosotros por igual modo.

El conocer mucho y de antiguo á nuestros hermanos de América me permite hoy creer que no ha motivado ni motivará en ellos el menor alejamiento de esta su antigua madre la pérdida de su pasada grandeza, ni los males sin cuento que ha sufrido como consecuencia natural y lógica de su maravillosa expansión en el siglo XVI, al igual que los sufrieron, por la misma causa, Roma y Grecia en los tiempos de la antigüedad.

Además, al presente, todos los españoles nos ocupamos, con verdadero é infatigable ardor, de nuestra reconstitución, y á ella llegaremos ciertamente en el reinado de D. Alfonso XIII, que, como su augusto padre, consagra sus afanes, su clara inteligencia y su valeroso espíritu al bienestar, á la prosperidad y á la grandeza de la patria española.

HE DICHO.

La NECROLOGÍA de mi ilustre antecesor, D. Juan Catalina García y López, que debiera aparecer aquí, no va en este lugar, porque ya se publicó, obra del Académico de número Sr. D. Manuel Pérez Villamil, en el BOLETÍN de la Academia del mes de Febrero de 1911, páginas 150-154.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

Á S. M. EL REY

SEÑOR:

Cuando supe que V. M. pensaba honrar con su asistencia nuestra solemnidad académica, ya el discurso que voy á leer estaba escrito é impreso, bien ajeno su autor de que había de figurar el Monarca entre los que lo oyeran. Debí desde luego suponer—confieso mi inconcebible torpeza—que estando nuestra Junta de hoy tan especialmente consagrada á la glorificación de la Patria y del Ejército, habríais de querer realzarla con vuestra soberana presencia.

Escrito con toda la libertad é independencia de criterio que este sitio autoriza y hasta impone, tal vez haya en mi discurso algo que debiera ser omitido, tal vez omito algo que debiera ser expresado. Inspirado está en anhelos del porvenir, que en V. M. se encarna principalmente; puesto el pensamiento en las jóvenes generaciones, á cuya cabeza, y por tantos motivos, marcha el primero V. M.

Contando, Señor, con vuestra augusta benevolencia para este modesto trabajo, solicito respetuosamente vuestra venia, y con ella paso á leer—tal como lo escribí—mi discurso de contestación al del Sr. General Polavieja.

SEÑORES:

Convendréis todos de seguro conmigo en que nuestro nuevo colega penetra en este recinto en buena compañía. Tráelo como de la mano una de las mayores glorias de la Historia española, aquel hombre asombroso, de los más extraordinarios de una época, extraordinaria toda ella, más parecido á creación de la leyenda que á personaje de la realidad, revestido de todas las grandezas, fantasías é inverosimilitudes mitológicas, que el tiempo, la distancia y la crítica han aumentado todavía, y presentan verdaderamente gigantescas ante nuestros ojos maravillados: viene como de la mano con Hernán Cortés nada menos. Tuvo siempre el héroe de la incomparable epopeya mexicana muchos apasionados, y los tiene hoy mismo, como es justo, y hasta verdaderas enamoradas dentro y fuera de España, alguna esclarecida, que lo son al presente, en el sentido literario, de la superioridad y alteza de su genio y del interés dramático de su existencia romancesca, como tantas lo fueron en su tiempo de

la gallardía y gentileza de su persona, de la afabilidad y viveza de su trato, de sus facilidades españolas para la galantería y el amor. Entre cuantos, antes y ahora, han ofrecido su valioso tributo al insigne dominador de los Aztecas, toca de justicia lugar muy preferente al Académico que recibimos hoy, autor del *Estudio de un carácter*, como llamó al que consagrara á Hernán Cortés, y en el que, cuantos lo habéis leído, recordaréis que lucen y compiten, con el claro y limpio estilo, el criterio recto, la noble imparcialidad, el pensar elevado y la erudición discreta y de buena ley, que en cuanto á lo militar atañe llega á ser vasta. El culto suyo por esta singular memoria, sus concienzudos juicios de tan altos y raros hechos, sus trabajos acerca de esa figura épica de nuestro gran siglo, son en verdad los que traen hoy al Sr. General Polavieja á nuestra compañía y á nuestro lado.

Ha querido la Academia, siempre y por todo extremo deferente para conmigo, que fuera yo quien le diese en su nombre la acostumbrada cordialísima bienvenida, atribuyéndome la misión fácil de hacer conocer á cuantos me escuchan los títulos en que nos fundamos, para hacerle de una vez, en este gran Senado de la Historia patria, el puesto de honor que el Marqués de Polavieja tenía de atrás tan bien ganado. No pudo este docto Cuerpo conferirme una más grata ni más simpática tarea, que de todo corazón le agradezco, pues siempre consideraré como una de las honras mayores de mi vida académica el poder tomar en estos momentos vuestro

nombre para recibir aquí al General historiador, si-
quiera sea con el temor natural de no lograr hacerlo
como vosotros y él mismo merecieran. Pero nunca
me ha faltado vuestra amable condescendencia, y
estoy seguro de que no ha de faltarme hoy, pues el
tiempo que pasa va estrechando más fuertes entre
nosotros los lazos del cariño y la fraternidad, y ha-
ciendo, por consiguiente, cada día mayor la indul-
gencia, inseparable de nuestra mutua consideración
y vivo afecto.

* * *

Señores Académicos: Quiere frecuentemente el
vulgo entrometido dirigir á su gusto y antojo la
formación de estas Corporaciones, aspirando á re-
clutar su personal por el sufragio callejero de la
pedantería andante, con notorio é inadmisibile me-
noscabo de nuestro absoluto derecho á su designa-
ción libérrima; y así, cuando le place, le parece
corta nuestra Academia entera para premio exclu-
sivo de la erudición profesional, como si, más que
Academia, fuera el alto Instituto que formamos
secuela estrecha de cualquiera otro centro literario,
ó suburbio reducido de otra cualquiera corpora-
ción, y no estuviera, desde su fundación dos siglos
ha, abierto de par en par á todos cuantos—como
ordenan sus Estatutos—se han consagrado ó se
consagran á *ilustrar la Historia de España*. Igno-
ran muchos, por lo visto, de qué manera, desde el
día mismo de su creación, se constituyeron nues-

tras Academias, y cómo en ellas, entre los más sabios maestros, tuvieron sitio constantemente Prelados y Generales, políticos y diplomáticos, gobernantes y magistrados, magnates y caballeros, cuantos, en mayor ó menor grado, cultivaron en España las letras y la Historia, antes que por obligación por amor. Interpretan esto, por lo visto, á la manera de Voltaire, más cuidadoso siempre del donaire que de la verdad, cuando decía de la Academia Francesa, de que él mismo formaba parte, que «era un Cuerpo donde se recibía á personas tituladas y hombres á la moda, á Obispos, togados, médicos, geómetras, y alguna vez hasta á gentes de letras»; pero estos discípulos más ó menos aprovechados del gran satírico desconocen del todo las honrosas tradiciones de allá y de acá, que son lo principal de nuestra vida en todas partes. Ahora mismo, cuando nosotros nos honrábamos trayendo á nuestra casa al Sr. General Polavieja, esa Academia Francesa, por su mayor antigüedad modelo y patrón de las demás, como que en ella se inspiró el Nieto de Luis XIV y Rey de España para la creación de las nuestras, sin que en la confesión de esta verdad cronológica tenga por qué padecer nuestro patriotismo; la Academia Francesa, digo, desafiando valerosamente las críticas de fuera, las imposiciones de una parte de la prensa ó las opiniones de la calle, prescindía, entre otros muchos bien conocidos y afamados, de un gran escritor político, de un autorizado maestro de las ciencias sociales, de poetas inspirados y populares,

de novelistas y dramaturgos, y hasta del brillante historiador de Versalles y de sus grandezas, para elegir al viejo General Langlois, tan sobrado de ciencia militar como escaso de producción literaria, sentándolo, antes que á todos aquellos, bajo la cúpula famosa, entre los que Francia llama, con orgullo justificado, *los Cuarenta*.

Eso mismo es lo que hicimos con tanta complacencia nosotros, que veíamos con pena en el abandono y en el olvido más sensibles una de nuestras más firmes, gloriosas y constantes tradiciones, y ausente de esta Casa la representación de las altas jerarquías del Ejército—antes llevada en ella, con la distinción que es notorio, por el Conde de Clonard, el Príncipe de Anglona y Don Antonio Remón-Zarco del Valle—, desde que perdimos en mal hora, primero á nuestro gran Arteche, y no mucho después al inolvidable y malogrado Suárez-Inclán. Para llenar ese injustificable vacío, elegimos nosotros al Sr. General Polavieja, á quien varios conocéis y estimábais de tiempo atrás, como militar estudioso y culto, asistente á la tertulia de nuestro Don Aureliano Fernández-Guerra, de gratísima memoria, y que hoy viene por fin á recibir de las manos venerables del ilustre Director de esta Academia la insignia codiciada, proporcionándonos á todos emoción invencible—muy seco ha de tener el corazón quien no se sienta invadido por ella—, viendo cómo se acerca á nosotros este Príncipe de la Milicia, ávido de confundir sobre su pecho de glorioso soldado la medalla académica con

la banda de la Cruz laureada; cómo estos cincuenta y tres años de la existencia militar que os he de recordar brevemente, comienzan en su vigorosa ancianidad esta vida nuestra tan diversa; cómo este insigne veterano de todas nuestras guerras contemporáneas llega á ocupar un sitio merecido en esta nuestra casa del trabajo sereno y reposado, de la ciencia y de la paz. Yo de mí sé deciros que este espectáculo hermoso y no común despierata en el fondo de mi alma los más dulces y gratos sentimientos, y que me encuentro enternecido y orgulloso de asociar en algún modo mi persona y mi nombre á la solemnidad de este día, por otra alguna superada entre nosotros. Ningún reparo se me ofrece para confesaros que yo siento por estas nobles figuras de soldado una especial predilección, mezclada de cariño y de respeto: el soldado, como el sacerdote, en todos los peldaños de la escala, en los altos como en los bajos, es para mí—os lo declaro sin rubor—un ser aparte. El nimbo del sacrificio que cerca su frente me infunde estos sentimientos, que no creo reñidos con la dignidad académica más refinada; pues al cabo y al fin, nosotros consagramos á la Patria nuestro tiempo, nuestra inteligencia, nuestra palabra ó nuestra pluma, cuanto sabemos y valemos; pero la ofrenda suprema, la ofrenda de las ofrendas, que es la de la propia vida, del soldado la recibe: cuando se trata de morir por ella, es el soldado el que muere. Por eso os decía que de todas las que me habéis otorgado—y no son pocas—, esta merced de hoy, que me confiere

el elogio de un soldado español, y de un soldado como el General Polavieja, es la que más me satisface y más me obliga.

• •

En efecto, señores, pasa ya de cincuenta y tres años que el 20 de Agosto de 1858 sentaba plaza como soldado distinguido, en el Regimiento de Infantería de Navarra, número 25, Don Camilo García de Polavieja y del Castillo, en cuyos juveniles oídos no parece sino que el genio de las armas había deslizado tentador la frase famosa de Napoleón I á sus soldados: *Lleváis en la mochila el bastón de Mariscal*. Pues á partir de aquella fecha, allí donde hubo necesidad de ofrecer la sangre generosa por la madre España, allí estuvo Polavieja, en África, en Santo Domingo, en la Isla de Cuba, en el Norte, en Cataluña, en Filipinas, y, para no cansaros con relaciones prolijas, que pudieran pareceros inoportunas, os reproduciré el extracto de su hoja de servicios, formada con la admirable concisión de este género de documentos, que semejan en su austera sencillez una página de Tácito; de la que se ve que él ganó el grado de Sargento primero por mérito de guerra, siendo después nombrado tal sobre el campo de batalla; graduado de Teniente por mérito de guerra, nombrado Capitán por mérito de guerra, graduado de Comandante por mérito de guerra, Comandante por mérito de

guerra, graduado de Teniente Coronel por mérito de guerra, Teniente Coronel por mérito de guerra, Coronel por mérito de guerra, Brigadier por mérito de guerra, Mariscal de Campo por mérito de guerra, Teniente General por mérito de guerra, por fin Ministro de la Guerra en 1899, y Capitán General de los Reales Ejércitos desde el 23 de Enero de 1910, con más de medio siglo de los acrisolados servicios que esta brevísima enumeración revela. Pues toda esa vida tan noblemente ocupada, toda esa existencia de lucha y de combate, todos los afanes y trabajos de la guerra, todas las preocupaciones del gobierno, todas las dificultades de la ausencia, todos los quehaceres y fatigas de los más altos mandos, nunca fueron bastante para quitar al General Polavieja tiempo que dedicar al estudio y á la Historia, con una aplicación y una asiduidad, no menos meritorias ciertamente, pero sí menos fáciles, que las del que tiene por honrosa profesión el estudio tranquilo y acompasado, en la plácida serenidad del hogar, con ninguna otra labor ni cuidado afortunadamente compartido. Y de este grande y nunca entibiado amor del Marqués de Polavieja por el mejor conocimiento de las glorias de su Patria y de su pasmoso pasado, surgieron como pudieron, en el tráfago de su vivir, los frutos de su pluma que hemos galardonado con tanta razón, dándole entre nosotros el puesto que antes tuvieron otros Capitanes Generales de nuestro Ejército, como el primer Duque de la Roca y el único Duque de San Miguel, no solamente digní-

simos Académicos, sino beneméritos y respetados Directores de nuestra ilustre Corporación.



Ya Jerónimo de Zurita, nunca bastante alabado, en las palabras con que encabezó la impresión de la Crónica del Chanciller Don Pedro López de Ayala, enaltece debidamente esta honrosa afición de los próceres y magnates al estudio nobilísimo de la Historia, que no es sólo, según hace creer la moda ahora, la historia literaria, por muy interesante que ella sea, sino que es también la historia militar y la civil, como la eclesiástica, la social, la diplomática, la genealógica, el absoluto conjunto de cuantas cosas diferentes constituyen hoy y constituyeron antes la vida entera de los pueblos seculares, digna de remembranza y de imitación; todo lo que forma la vasta herencia y rico patrimonio que hemos recibido de los siglos que fueron, y tenemos la obligación de conservar, y aun de acrecer para los que serán; que al fin y al cabo, si por nuestros grandes literatos y poetas representamos lucidísimo papel en el magno cuadro de la civilización universal, no son tampoco para desdeñados neciamente los nombres de Gonzalo de Córdoba, de Antonio de Leiva, de Hernán Cortés y del gran Duqué de Alba, de los insignes Reyes y celebrados capitanes, que escribieron con sus espadas en los anales del orbe el poema de la Reconquista no

igualado, ó las páginas singulares de las guerras de Italia, ó la misma epopeya de la expedición de México, ó las que parecen novelas maravillosas del descubrimiento y conquista del resto de América, que tan discretamente ha evocado el discurso que acabamos de oír.

Y si es cierto que el General Polavieja no ha escrito hasta hoy voluminosos infolios, como su noble modestia ha confesado sin afectación y ahora mismo ante vosotros, reconozcamos con espíritu levantado, aparte de lo acertado de su trabajo, que también puede á veces sustituirse la Historia escrita por la Historia hecha, y que él ha llenado de la nuestra largos é interesantes capítulos, sin duda en estos tiempos decadentes y desdichados de los más afortunados y brillantes. Recordad su mando en Cuba, y leed la relación documentada de *Lo que vió, lo que hizo y lo que anunció*, toda ella página elocuente de nuestra Historia contemporánea, que el mismo General publicara en 1893, en un libro del interés más palpitante, titulado por él *Mi política en Cuba*. Recordad su gobierno de después en Filipinas, su campaña en aquel remoto Archipiélago, su reconquista de la Provincia de Cavite y de la parte Oeste de la de Batangas, sus luchas en todas partes contra los enemigos de España. Recordad su último viaje á tierra americana, esa vez como Embajador extraordinario de Su Majestad á la República de México, con ocasión reciente, en que, si se acreditó bien lo generoso del espíritu de quien lo enviaba, el temple supe-

rior del alma nacional, lo levantado del corazón del Rey y de la Patria, latiendo como siempre al unísono, no menos resplandeció la exquisita prudencia del que allí ostentaba tal representación en momentos tan delicados y difíciles. Considerad cuánto tuvo que hacer este ardiente enamorado de la figura excepcional de nuestro Hernán Cortés, en un país donde no son pocos los que lo desconocen y lo repudian, que es como desconocer y repudiar á su propio padre, hasta el punto de existir quien se opusiera á la busca de sus sagrados restos, por el voto extranjero noblemente solicitada; cuánto él hubo de hacer y de sufrir para mantener á todas horas la severa dignidad de su alta representación diplomática. No es éste ciertamente el menor de los sacrificios que tiene que agradecerle su país; y yo no he querido ahondar en esta materia delicadísima, preguntándole hasta qué punto pudo sentirse satisfecho, cuando alguien que también nos toca muy de cerca, que es nuestro muchos años hace y ocupa en nuestras filas preferente lugar¹, considerándose con razón, por la índole diferente de su misión mucho más libre, ante el Congreso Americanista allí reunido, hubo de dirigir á aquellos hispano-americanos, mal avenidos con la primera parte de su nombre, estas palabras vengadoras: *Ó vosotros sois un antemural frente á todo lo que no es español, ó no sois nada.* De ese viaje de

¹ El Académico y Catedrático Sr. D. Antonio Sánchez Moguel, representante del Ministerio de Instrucción Pública de España en el Congreso Americanista Internacional.

nuestro nuevo compañero en semejantes circunstancias, en medio de festejos y regocijos, que, dígame lo que se diga, eran, á un tiempo tácito y ruidoso, amargo reproche contra España y los españoles, y donde el General Polavieja supo ganar sobre su propio inmenso españolismo, á nombre de su Rey lejano, verdaderas batallas, cuanto menos bulliciosas más meritorias, él os ha dado alguna cuenta—la cuenta que su extremada delicadeza puede dar—en su aplaudido discurso de hoy; en el cual, por fin, el que tantas lanzas ha roto materialmente por su Patria, sin tregua ni descanso, contra ingratos, rebeldes y traidores de toda laya, viene á romper otra ahora, con las armas tranquilas de la palabra y de la pluma, de la razón y de la verdad, enfrente de los follones y malandrines que de cerca ó de lejos la calumnian y la denigran, sintetizando con magistral brevedad el recuerdo grandioso de la obra incomparable de los españoles en América, como una de las mayores, si no es la mayor, que en todos los tiempos ha podido hacer la Humanidad, y ha hecho efectivamente, en aras de la civilización y del progreso.

Así con esta patriótica aureola, que muy ciego ha de ser quien no la vea, hoy se presenta aquí este Príncipe ilustre de nuestra Milicia, llamado por vuestros votos á ocupar un lugar entre vosotros, Sres. Académicos, que sois también Príncipes de la Ciencia, Capitanes Generales del saber y de las letras españolas. No ha heredado él tampoco su Principado, como vosotros no heredásteis

los vuestros, sino que lo ha ido formando lenta y trabajosamente, como los vuestros vosotros, en medio siglo de incesante batallar, con la punta de su espada y con el sacrificio de su sangre, donde quiera que había que pelear por la gloriosa madre España, que defender su bandera ó que volver por su soberanía y por sus derechos.

Tiempo es ya de que cumpla con lo que me habéis encargado, formulando de una vez la bienvenida más afectuosa, con que la Academia se complace en recibir al Capitán General, cuya modestia he puesto con exceso á prueba, sólo con evocar sobriamente los hechos principales de su vida provechosa de gran soldado y de gran español y patriota. Bien venido sea á nuestro lado el entusiasta admirador de Hernán Cortés, acertado comentarista de su epopeya portentosa. Bien venido sea el que tuvo alguna vez la señalada honra de ser ungido por la voz popular con el hermoso dictado de *el General cristiano*. La Academia satisfecha lo recibe con todos los honores que se deben á su persona, y como á autorizado representante de la Historia militar española le da asiento con la más viva complacencia entre los doctísimos maestros, los historiadores insignes, los arqueólogos, los epigrafistas, los arabistas, los profesores, los numismáticos, los geógrafos, los americanistas, los investigadores

afortunados y los eruditos de todo linaje que la constituyen, y que son todos, sin más excepción que la del que os habla, gloria y prez de la Patria en nuestros días. Ella le ha conferido la medalla que llevara hasta hace poco nuestro llorado Catalina García, y antes que él un Conde de Quinto y un Don Vicente de La Fuente, muy segura de que nuestra insignia venerada estará bien puesta en su pecho de soldado, confundiéndose en él con la roja banda de la Orden de San Fernando, recuerdo indiscutible de sus actos de heroísmo y de bravura. Bien venido sea, y Dios le conceda el que pueda ostentarla largos años, como la Patria y la Academia, estrechamente confundidas siempre, han de querer y celebrar.

Y permitidme antes de concluir, y perdonadme si os canso en demasía, permitidme que recabe, si alguien creyera que esta comisión, con tanta satisfacción de mi parte cumplida, no era en realidad para mí, mis únicos derechos á su desempeño, ya que la exagerada modestia de cuantos visten aquí el traje militar se ha resistido tenazmente á ello. Hay un lazo fuerte que estrechamente nos une al Sr. General Polavieja y á mí, y que todo lo explica: el amor profundo de nuestras glorias pasadas, y el hondo convencimiento de la necesidad absoluta de su discreta evocación y recuerdo, para llegar con paso más rápido y seguro al ansiado remedio de las desdichas presentes. Porque ¿cómo, siendo español á la manera que lo soy yo, no pensar en un todo como el que ha escrito estas palabras: «Tengo

fe en nuestros destinos, y quisiera ser un escritor brillante para contribuir con eficacia á la campaña emprendida por algunos de los que vestimos uniforme, y á la que todo buen español debe ayudar: la regeneración de la Patria por su reconstitución militar?» ¿Cómo no sentirse, pensando como yo pienso, en perfecta comunión de ideas con el que termina su trabajo sobre Cortés lamentando que la España de hoy tenga apenas un recuerdo para este coloso de su Historia, mientras que no se cansa de hacer sacrificios en los altares de la discordia, alzando estatuas y erigiendo monumentos á sus presentes y poco afortunados campeones? ¿Cómo no creer con él, entendiendo la Patria á la manera que yo la entiendo, que las naciones sólo se forman vigorosas en el estudio de su historia, y que es crimen horrible, y hasta sacrilegio nefando, indigno de un pueblo honrado y viril, hablar siquiera de cerrar con triple llave el sepulcro del Cid? ¿Cómo no comulgar en sus ideales, y no hacerle coro en sus anatemas, cuando los fulmina indignado contra los viles y blasfemos que predicán el olvido de lo pasado, equivalente á deshacer en un instante, con la locura del suicida, las grandes fuerzas morales, por nada reemplazables, amontonadas por los titánicos esfuerzos, por los trabajos verdaderamente ciclópeos de tantos siglos y de tantas generaciones? ¿Cómo no participar de sus honradas convicciones, una y otra vez en sus varios trabajos expresadas, de que aquel pueblo que mejor conoce su propio pasado y más lo admira, y conserva mejor

su memoria, tiene más pronta la abnegación y más vivos y despiertos los amores para consagrarse como es debido á su servicio y á su culto? En este alto sentido de la evocación de lo que fué, á que yo he consagrado mi vida, estamos perfectamente acordes el General Polavieja y el que os habla, que también está poseído de una fe ciega en los destinos de España, ahora que son moda ridícula é incomprendible el pesimismo y el descorazonamiento y la cobardía, y son más los que lloran y gimen, y al igual de los moros granadinos, se mesan los cabellos desesperados, vergonzosa negación de su propia raza, que los que, con varonil fortaleza, esperan, confían y trabajan.

Al lado de los últimos, que son los que piensan y sienten como el General Polavieja, están con sus dictados incontestables la razón y con sus severas enseñanzas la Historia. La triste Castilla del Rey Don Enrique IV, devorada por las facciones turbulentas, por el desgobierno empobrecida, achicada por las regias debilidades, desamparada de la ley y enemistada con la justicia, amenazada de morir, y de morir sin gloria, fué pocos años después la grande España fuerte, la España honrada y justa, respetada y poderosa de los Reyes *Católicos*, la que realizaba el sueño, secular tantas veces, de la unidad nacional, la ganadora de Granada, la descubridora de América, la cabeza y casi dueña y señora de Europa con Carlos V y con Felipe II. ¿Es que todo esto no parece un sueño?

Sueño debió de ser de Doña Isabel y Don Fer-

nando, de sus consejeros y ministros, del Padre Talavera, del gran Cardenal Mendoza, de Cisneros y de Colón, grandes soñadores aquellos Reyes, aquellos clérigos y frailes, que prepararon soñando la España grande del siglo XVI. Y si alguna vez fué lícito que hasta el buen Homero se durmiera, sea permitido á un Académico, por esta condición grave y por el tiempo encanecido, con el libro misterioso de la Historia en las manos, soñar aquí en alta voz y delante de vosotros, que pensáis todos como buenos, repitiendo las palabras inmortales que nuestro Calderón pusiera en los labios de Segismundo:

¡Soñemos, alma, soñemos!

Aquí y en el día de hoy, en presencia de este Capitán General, que era hace cincuenta y cuatro años soldado voluntario, y hubo de soñar alguna vez con el tercer entorchado que hoy ostenta; evocando los recuerdos todos que él nos ha hecho revivir en su discurso, y que parecen más fruto de la imaginación que producto de la realidad; trayendo á la memoria la dolorosa conclusión del siglo XV y las no superadas grandezas del XVI, ¿no es lícito soñar?

Soñó de fijo Don Fernando, cuando era sólo Infante de Aragón, hermano menor del heredero de la Corona, y la vida y la juventud del Príncipe de Viana lo mantenían alejado del Trono y en su condición de segundo. Soñó la Infanta Doña Isabel, vivos sus dos hermanos varones, al lado de una

madre viuda y demente, en las tristes escaseces y abandonos de Arévalo; soñó en su palacio señorial de la vieja Sigüenza Don Pedro González de Mendoza, y en sus claustros y bajo sus cogullas soñaron Fray Hernando y Fray Francisco; soñó el gran genovés durante sus largas y poco felices peregrinaciones, cuando iba ofreciendo un mundo nuevo á los que, porque no soñaban, no quisieron recibirlo de él; y estaba toda aquella generación, nacida en medio del duelo y del quebranto, ávida de soñar. Soñó después toda la heroica falange de gloriosos incomparables aventureros, que ha hecho desfilar ante vosotros el discurso del nuevo Académico; soñó Vasco Núñez, cuando era paje del ilustre Portocarrero en el Alcázar de Moguer, que algún día, ante la inmensidad del Mar Pacífico recién descubierto, al subir la marea, entraría á través de las olas hasta la cintura, y blandiendo la espada, tomaría posesión del mayor de los mares á nombre de su Rey ausente; soñó Cortés allá en la mocedad, cuando estudiaba joven el derecho en las aulas famosas salmantinas, ó cuando prosaicamente se consagraba en Cuba á la cría de ganados, y hasta en los momentos verdaderamente sublimes de la *noche triste*, que parece un sueño toda ella, en que había de echar por tierra el trono de oro de Moctezuma, dando al otro Emperador, que era el suyo, más tierras y más pueblos que los muchos que le dejaron sus abuelos; y soñó que algún día habría de venir de las Indias *con tanto acompañamiento y majestad, que más parecía de Príncipe ó*

señor poderosísimo, que de capitán y vasallo de ningún Rey; soñó Francisco Pizarro, cuando era un pobre soldado, sin fortuna, sin cultura, sin protección, y casi sin padres, en que habría de llegar para él, digno de la tragedia antigua, el momento grandioso de la Isla del Gallo, que había de parar en la conquista maravillosa de un tan vasto y famosísimo imperio; soñaron en su casa de Palos los Pinzones; soñaron Alvarado y Valdivia, Ponce de León y Soto, Magallanes y Elcano; soñaron todos, y obra casi milagrosa de esos visionarios y soñadores fué toda la que os acaba de relatar, como surgida de sus sueños, el discurso del General Polavieja: las exploraciones, los descubrimientos, las conquistas, las fundaciones, las ciudades, los puertos, las universidades, los templos, los monasterios, las fortalezas, los hospitales, los palacios, las diez y siete nacionalidades presentes, toda la gran civilización americana que es, pese á quien pese, nuestra obra, la obra gigante de nuestra raza y de nuestro genio.

Pues soñemos ahora con algo parecido, y, si nosotros no lo viésemos, los que hemos recorrido ya la mayor parte de nuestro camino, á través de tristezas y desventuras inmerecidas, que las nuevas generaciones más felices puedan verlo, alcanzando en lo posible la repetición de aquellos días gloriosos, á que la musa clásica de un insigne Académico, nuestro antecesor, el célebre Duque de Frías—enalteciendo al primero de nuestros Reyes, por el odio extranjero maltratado y por la propia imperdona-

ble ignorancia mal defendido —, aplicó con tanta razón los inmortales versos, forjados á cincel, con cuyo recuerdo voy á concluir, bien seguro de que ellos sonarán en vuestros oídos como clarín de guerra, y llegarán como inspirada profecía, como voz de resurrección y cántico de gloria y de esperanzas al fondo de vuestros corazones:

Fué del prudente Rey el poderío
de moros y de herejes escarmiento,
firme rival del Támesis umbrío,
duro azote del Sena turbulento,
gloria del Trono, de la Iglesia brío,
temido en Flandes, respetado en Trento;
y desde el mar de Luso á la Junquera
hubo un cetro, un altar y una bandera.

HE DICHO.